

El precio de la hostilidad en los debates en el antiespecismo

Recientemente he seguido unos debates acerca de una cuestión relativa a la estrategia a seguir por parte de quienes se oponen al uso de animales. Aunque mi interés en materia de estrategias no se reduzca a este fin, sino que se extienda a las vías de acción a seguir para combatir el especismo, el debate me pareció que tocaba temas relevantes, por la estrecha relación entre ambos objetivos.

Pues bien, el caso es que su desarrollo en seguida me trajo a la mente otras discusiones acerca de qué vía de acción resulta más conveniente seguir. Y ello fue así no sólo por el contenido de lo que vi que se estaba debatiendo, sino por el modo en el que estos debates tienen lugar.

Aquí voy a hablar de esto. En concreto, voy a comentar algo que es muy común en los debates entre antiespecistas: la hostilidad. O, si se prefiere, la falta de amabilidad. No me referiré con esto solamente a los casos en los que quienes debaten no se respetan entre sí. Apuntaré asimismo a aquellas situaciones en las que, aunque no se falte al respeto al interlocutor o interlocutora de turno, se le hable de un modo no amable, que pueda desagradar a este o esta. Situaciones muy comunes, en las que muchos y muchas hemos incurrido a menudo, por nuestra inmadurez, nuestra falta de vista o de capacidad.

UNA ANALOGÍA

Alguna vez he leído que los activistas antiespecistas se deberían tratar mutuamente con consideración por los mismos motivos por los que estos mismos afirman que se debe tratar con respeto a los animales no humanos. Esta analogía puede que sea correcta, pero no es la que aquí voy a destacar. Hay otra que me gustaría poner de manifiesto que no apunta a razones morales, como en el caso que acabamos de ver (que puede que haya quien no comparta), sino estratégicas. Es una analogía muy sencilla, que os expongo a continuación.

Consideremos la lucha por difundir un modo de vida sin usar animales no humanos. Hay quien, a la hora de promover este, se dirige a la gente de manera agresiva, ofensiva. Los resultados que se pueden conseguir de este modo no es que sean muy pobres, sino que son normalmente negativos. Es peor que no hacer nada. El motivo no es difícil de adivinar. Es posible que haya a quien que le digan que es un asesino torturador e inmoral por usar animales le lleve a abandonar tal uso. Pero lo habitual es que no sea así en absoluto. Lo

normal es que eso le lleve a reafirmarse en sus posiciones, a seguir utilizando animales y a no querer oír nunca más un discurso que cuestione dicho uso.

Ante esto, es común que la gente que trabaja en el antiespecismo intente transmitir su mensaje de un modo no agresivo, sino con buenas maneras, para conseguir que quienes nos escuchen no se pongan a la defensiva y rechacen lo que digamos ya de partida, sino que puedan tener una actitud receptiva.

Por este motivo, resulta enormemente chocante que se proceda de un modo radicalmente distinto cuando no nos dirigimos al público general, sino a quienes comparten nuestro punto de vista antiespecista (o, al menos, nuestra oposición a la utilización de los animales no humanos). Y es que hay un contraste muy llamativo entre las formas con las que se procede en cada caso. Cuando los antiespecistas debaten entre sí, se olvidan, de repente, de todo lo que tienen en cuenta cuando se dirigen a la opinión pública en general. Y se ponen a argumentar prescindiendo de cualquier miramiento o atención por las personas a quienes se dirigen.

LO PEOR QUE PODEMOS HACER SI QUEREMOS CONVENCER A ALGUIEN DE ALGO

El motivo por el que el contraste al que acabo de apuntar es llamativo no es difícil de adivinar. Así como no vamos a convencer a alguien de que no use animales diciéndole que es un asesino, no vamos tampoco a convencer a nadie de que deje de poner en práctica una determinada estrategia o táctica ridiculizándole, acusándole de ser cómplice de la explotación de los animales no humanos o haciendo que se sienta atacado de otras maneras. Por el contrario, así como quienes utilizan a los animales se verán reafirmados en su uso al verse atacados, quienes siguen una determinada estrategia considerarán que la opinión de quienes los critican carece de valor alguna.

Lo más lastimoso de todo esto es que seguramente hay muchos y muchas que podrían abandonar el uso de animales si se les hubiese planteado la cuestión de otro modo, y que, sin embargo, no lo han hecho porque se les habló de modo agresivo. Y, del mismo modo, hay activistas antiespecistas que podrían cuestionar y cambiar sus estrategias o tácticas si se les presentasen de modo amable los argumentos para ello, pero que, al sentirse atacados o atacadas, no lo harán.

Así, la experiencia parece mostrar que debatir de modo amable constituye una condición prácticamente imprescindible para que nuestros argumentos puedan ser no ya aceptados, sino simplemente *escuchados*. Y es muy raro que alguien escuche *realmente* lo que se le transmite de forma desagradable.

PENSEMOS EN LO QUE NOS PASA EN NUESTRO PROPIO CASO

Es muy fácil entender el modo en el que esto es así. Sólo tenemos que pensar, para verlo con cierta claridad, en que, al igual que nosotros y nosotras podemos tener una opinión formada acerca de qué vías de acción es mejor seguir, y podemos querer comunicarla a otra gente, también hay otra gente que tiene un punto de vista al respecto y nos lo desea transmitir. Y, pensemos, ¿cuál es nuestra reacción cuando alguien intenta ridiculizar lo que decimos, cuando nos responden de modo agresivo o simplemente cortante, cuando nos hacen acusaciones que consideramos hirientes? ¿Hace ello que lo que nos estén diciendo nos resulte más convincente? ¿Nos vuelve más receptivos o receptivas a aceptarlo? ¿Fomenta nuestra autocrítica y nuestra disposición a dejar de lado aquello que defendíamos y abrazar, en cambio, lo que ahora se nos presenta?

La respuesta, por supuesto, es que no. De sobra lo sabemos. Más bien sucede al revés. A no ser que tengamos serios problemas de autoestima, es algo que nos afecta psicológicamente, reduciendo nuestra disposición a aceptar lo que nos están diciendo. De hecho, hay a mucha gente a quien se la anula por completo.

Y no es de extrañar que así sea. Ya no sólo por el sentimiento de rechazo que nos despierta el que se nos trate de forma desagradable en un debate. Sino también porque, si cuando nos atacan, hieren y/o presentan como idiotas aceptamos lo que nos dicen, parece entonces que estamos también considerando aceptable que se nos ataque y se nos hiera, y admitiendo que somos, efectivamente, idiotas. Y la mayoría de la gente tiene, obviamente, una muy fuerte resistencia a admitir algo así. De hecho, no pocas veces ocurre que alguien lee una crítica a algo que ha expresado en la que se le ridiculiza y se ve convencido o convencida por los argumentos, pero, pese a ello, sigue manteniendo sus posturas iniciales sin variación por puro rechazo ante la ridiculización de la que ha sido objeto.

MUCHAS VECES ES COMO SI NO DEBATIÉSEMOS, O PEOR

Esto nos muestra la gravedad de la situación. Los debates acerca de cuál es la mejor estrategia y las mejores tácticas a seguir de cara a combatir el especismo y/o el uso de animales no humanos son muy, *muy* necesarios. Sin estos, nuestra capacidad de evaluar la eficiencia de las vías de acción que seguimos se ve notablemente disminuida. Y los debates llevados adelante con agresividad, pueden tener unos resultados no ya equivalentes, sino en muchos casos peores a los que obtendríamos si el debate se hubiera dado en absoluto. O sea que a menudo es como si no se debatiese, o aun peor.

Esto tiene algunos matices importantes, claro está. Incluso aunque al debatir sin amabilidad cerremos toda posibilidad de que nuestros interlocutoras o interlocutores acepten lo que digamos, quizás podamos convencer a terceros que contemplen el debate desde fuera. Pero tales efectos positivos podrían conseguirse igualmente sin proceder del modo indicado. Y, por otra parte, puede suceder también que estas terceras personas se vean espantadas ante nuestros malos modos aunque no nos dirijamos a ellas, y tengan una reacción parecida a la de quienes son el objeto de nuestra argumentación. También ellas rechazarán lo que digamos sin ni siquiera considerarlo.

OTRAS CONSECUENCIAS INDESEABLES

Por otra parte, hay que decir que este no es el único motivo para no debatir de modo desagradable con otros y otras activistas antiespecistas. Hay también otras razones. Una de ellos, quizás la más importante, consiste, simplemente, en que ello causa desagrado gratuitamente. El decir algo de forma hostil, cuando se podría decir de forma amable, no añade ningún tipo de información de utilidad al mensaje que se está transmitiendo. Es algo totalmente innecesario, pues. Y es algo negativo aunque sólo sea porque le agría la vida a los y las activistas (lo cual acaba siendo no sólo malo para ellos y ellas, sino también para el activismo que realizan). De manera que debería ser algo a evitar incluso aunque no tuviese otras consecuencias negativas (lo cual, como hemos visto, no es tampoco el caso: sí tiene otras consecuencias muy negativas).

Y además, es que los y las activistas con quienes disentimos no se *merecen* que les hiram. No se merecen que les hagamos daño simplemente porque hayan llegado a la conclusión de que la mejor forma de ayudar a las víctimas del especismo sea hacer *X* en lugar de *Y*. Esto, obviamente, no quiere decir que no haya análisis mucho más completos y acertados que otros. Los hay, y por eso es tan necesario debatir, como he apuntado arriba. Pero la cuestión es que nadie se vuelve un ser moralmente reprobable por no haber sabido acertar en su análisis de la situación. Ni tampoco se vuelve necesariamente irracional por ello. La realidad a la que nos enfrentamos es muy compleja. Es comprensible, ante esto, que nuestros análisis varíen, y que algunos puedan equivocarse. Pero aunque nuestro análisis sea el correcto y las posiciones que defienden nuestros interlocutores equivocadas, ello no es una razón para creer que carezcan de capacidad de comprender las cosas. Simplemente, han cometido algún error de apreciación o análisis (si es que efectivamente son ellos quienes se han confundido). Esto es una razón

para argumentar a favor de un análisis distinto y para intentar convencerlas de que cambien su posición, pero no para ridiculizar a estas personas, demonizarlas u ofenderlas.

¿QUÉ BUSCAR AL DEBATIR?

En consecuencia, podemos plantearnos *para qué* debatimos. Podemos hacerlo, simplemente, porque nos gusta expresar lo que pensamos, o porque queremos hacer manifiesta nuestra antipatía por nuestros interlocutores. En ese caso, lo dicho arriba nos será indiferente. Pero supongamos que el motivo por el que queremos debatir es otro. Supongamos que lo que sucede es que alguien sigue un determinado tipo de estrategia o táctica y consideramos que sería mejor para los animales no humanos que siguiese otra vía de acción. Si esa es nuestra motivación, debatir con él o ella de modo amable es probablemente la única forma de conseguir que cambie de proceder. Si, en cambio, discutimos con unas formas que hieran o desagraden a esta o este activista, lo que conseguiremos será lo opuesto a los que buscamos. Estaremos, así, promoviendo aquello que consideramos que es menos positivo para los animales no humanos, que es que no cambie de vía de acción. En línea con lo indicado arriba, no sólo no lograremos convencerle de que haga esto, sino que crearemos en él o ella una resistencia a hacerlo. Nuestros resultados serán peores, en este sentido, que si no hubiésemos hecho nada, que si no hubiésemos entrado a debatir la cuestión en absoluto.

OTROS CASOS QUE NOS PASAN TAMBIÉN FACTURA

Me gustaría añadir que, además, esto no sucede solamente en lo que atañe al debate acerca de las estrategias y/o tácticas a seguir. Ocurre también en muchos otros casos en los que se dan diferencias de posiciones entre activistas antiespecistas. Esto se da de forma clara, por ejemplo, en lo que atañe a las relaciones entre las distintas organizaciones antiespecistas, o a las relaciones de las y los activistas dentro de una misma organización. Esto tiene una serie de consecuencias absolutamente nefastas para el movimiento. Causa mucho malestar entre la gente activista. Ocasiona un enorme gasto tiempo y energías en enfrentamientos. Erosiona las posibilidades de salir adelante de muchas iniciativas. Anula muchas sinergias que se podrían dar en el seno del antiespecismo. Etcétera.

Todo ello reduce notabilísimamente la capacidad de impacto del antiespecismo. ¿Hasta qué punto? Es muy difícil calcularlo. Pero me temo que en una medida muy alta. El coste para el activismo supuesto por todo esto es mucho más alto de lo que nos podemos imaginar.

Supongamos que trabajas 10 horas al día por el antiespecismo. Imagina que, de la noche a la mañana, pudieses conseguir el mismo resultado de cara a ayudar a los animales no humanos trabajando solamente 6 horas (o, si lo preferís, 8 horas, para hacer un cálculo muy por lo bajo). Las otras horas las podrías dedicar a pasártelo bien, o, mejor aun, a ayudar aun más a los animales (que es lo que creo que harías). Pues bien, no sería de extrañar que la reducción de nuestra efectividad por los motivos indicados llegase a tales niveles (ni incluso que los superase ampliamente). Ese es el precio que pagamos por descargar nuestra ira libremente, por decirles a quienes nos leen o escuchan lo primero que se nos pasa por la cabeza sin autocontrolarnos para no causar desagrado, por no tomarnos el tiempo en decir de un modo distinto las cosas, por no preocuparnos por entender por qué los demás actúan de un determinado modo y de qué manera se podrían plantear cuestionar las suposiciones que asumen. No es un precio nada barato.

¿QUÉ PERSPECTIVAS SE DIBUJAN?

En mi opinión, por desgracia, estos problemas no se van a resolver. Van a continuar golpeando muy, muy severamente al antiespecismo. No parece que haya perspectivas de que esto mejore. Como mucho, sucederá al revés: muy probablemente, el tema cada vez tenderá a ponerse peor.

No tengo duda alguna de que los enfrentamientos van a continuar, la falta de diplomacia va a continuar, la falta de empatía con otros activistas va a continuar, los debates irrespetuosos van a continuar, las decepciones personales van a continuar... Todo lo descrito arriba va a continuar.

El motivo es obvio. Los activistas no son superhéroes. Muchos de ellos y ellas son héroes y heroínas, en el sentido de que son gente que trabajan de sol a sol, en un contexto muchas veces muy hostil, y en tareas a menudo muy ingratas, sin ninguna recompensa (más allá del saber que están dándolo todo por ayudar a las víctimas del especismo). Son, por ello, realmente admirables. Sin embargo, por desgracia, aunque son héroes y heroínas, no son superhéroes, en el sentido de que no tienen superpoderes. Siguen teniendo, como cualquiera, sus debilidades. Serían realmente superhéroes si, además de hacer todo lo que hacen, pudiesen tener una capacidad de comprensión del punto de vista de todos los y las demás activistas, una capacidad de autocontrol y serenidad ante los conflictos con ellos y ellas, una capacidad de comunicación diplomática, una capacidad de empatizar y generar empatía en los demás, e incluso una capacidad de visualizar la situación general resultante de las distintas

combinaciones posibles en el modo de relacionarse unos activistas con otros y otras. Sin embargo, por desgracia, todos somos seres imperfectos. Sí, somos muy imperfectos, y la distribución de estas facultades es escasa.

Todo ello lo pagarán los animales no humanos, claro está, y también las propias y propios activistas.

Ante esto, ¿qué podemos hacer? ¿Hemos de dar la batalla por perdida? Bueno, sería así si las cosas fuesen siempre cuestión de todo o nada. Sin embargo, este no es el caso. Aunque los debates dados entre los activistas son muy a menudo hostiles, podrían ser aun peores, o al menos algo peores, y podrían ser mejores, o al menos algo mejores. Y lo mismo sucede en lo que toca a las relaciones entre activistas. Así que, aunque sea imposible que la situación descrita vaya felizmente a terminar, al menos hay la posibilidad de reducir en la medida de lo posible sus efectos negativos. Esto está en las manos de cada uno de los y las activistas que nos relacionamos con quienes comparten nuestra oposición al especismo. De todos nosotros y nosotras.

Hay quien no tienen ninguna responsabilidad en la presente situación. Hay quien no ha contribuido a que se generen los conflictos que se han dado en el antiespecismo. El resto, sin embargo, somos culpables, en mayor o menor medida, de haber llegado a la situación en la que estamos. Y está en nuestras manos contribuir a que en el futuro la cosa vaya a mejor o a peor. Aunque nos pueda resultar difícil, es necesario intentar que no suceda esto último. Yo personalmente lamento lo que he contribuido por mi parte a la situación que he descrito. Desgraciadamente, no se puede volver el tiempo atrás. Y muchos problemas a los que nos enfrentamos hoy son el resultado de nuestros errores anteriores. Sin embargo, podemos intentar frenar esta dinámica desde el momento presente, para limitar o reducir sus efectos en el futuro.

¿En qué se refleja esto en la práctica? Pues en cosas de lo más sencillo. No es nada extraordinario. Se plasma, por ejemplo, en que, a la hora de escribir un email, un comentario, una entrada de blog, un artículo, un libro, a la de participar en una conferencia, o en una conversación... intentemos tomarnos el tiempo de poner el freno a lo primero que nos apetezca decir, y nos molestemos en intentar expresarlo de otro modo, del modo en el que nos gustaría que nos lo dijiesen a nosotras o nosotros. En que intentemos, al elaborar nuestro mensaje, no sólo entender qué es lo que queremos decir, sino también qué es lo que quienes nos escuchan tienen en su cabeza, por qué piensan lo que piensan. Se podría reflejar también en otras cosas, pero he querido plantear aquí únicamente una propuesta de mínimos. Hacer todo esto cuesta algo, es cierto, pero tampoco tanto, considerando lo que puede estar en juego.

Concluyo diciendo que, por todo esto, creo que sería muy bueno sumar otro frente más a aquellos que se libran dentro del antiespecismo. Con esto me refiero a lo siguiente. Entre la gente antiespecista se defienden ciertas causas. Se debaten ciertas posturas éticas frente a otras, ciertas estrategias frente a otras, ciertas tácticas frente a otras. Me gustaría proponer que se añada a las causas que ya existen otra más: la defensa de una comunicación amable entre los y las activistas antiespecistas. Como ya he dicho, es una lucha que creo que nunca vamos a lograr que se gane por completo. Pero al menos puede que logremos algunas victorias puntuales. Y eso es algo que puede que marque la diferencia para muchos animales.

Oscar Horta

OHorta (a) dilemata.net

<http://masalladelaespecie.wordpress.com>